

*Sólo hay que cortar el eslabón,
y esperar...
La raza se encarga de todo.*

Raccoona Sheldon

EL ESLABON VULNERABLE

Ilustró SANYÚ

El joven sentado a 2 grados norte, 75 grados oeste, echó una ojeada vagamente rencorosa al ventilador descompuesto y siguió leyendo la carta. Sudaba por todos los poros, vestido sólo con shorts en el calor aplastante de lo que pasaba por un cuarto de hotel en Cuyapán.

¿Cómo se arreglan otras esposas? Yo voy de aquí para allá con los programas de revisión de becas de Ann Arbor y el seminario, diciendo animosamente, "Ah sí, Alan está en Colombia organizando un programa de control biológico de plagas, ¿no es maravilloso?". Pero por dentro te imagino rodeado de jóvenes y seductoras bellezas de pelo renegrido, todas jadeantes de dedicación social y repulsivamente ricas. Y cuarenta pulgadas de busto desbordando la delicada ropa interior. Incluso

hice la conversión a centímetros, son 101.6 centímetros de desborde. Ah, querido, querido, por favor vuelve a casa sano y salvo.

Alan sonrió afectuosamente, evocando un instante el único cuerpo que añoraba. Su muchacha, su mágica Anne. Luego se levantó para abrir un poco más la ventana. Una cara pálida, larga y afligida se asomó: una cabra. El cuarto daba al corral, el tufo era inaguantable. Pero era aire. Recogió la carta.

Todo está como cuando te fuiste, sólo que el horror de Peedsville parece estar recrudeciendo. Ahora lo llaman el culto de los Hijos de Adán. ¿Por qué no pueden hacer algo, aunque se trate de una religión? La Cruz Roja ha instalado un campamento para refugiados en Ashton, Georgia. Imagínate, refugiados en los

Estados Unidos. Oí que sacaron a dos niñas todas cortajeadas. Oh, Alan.

Lo cual me recuerda que Barney vino con un fajo de recortes que quiere que te envíe. Los despacharé en un sobre aparte; sé lo que pasa con las cartas muy gordas en los correos extranjeros. Dice, por si no lo recibes, que adivines qué tienen en común Peedsville, Sao Paulo, Phoenix, San Diego, Shangai, Nueva Delhi, Trípoli, Brisbane, Johannesburgo y Lubbock, Texas. Dice que la clave es recordar dónde está ahora la Zona de Convergencia Intertropical. Para mí no tiene sentido, pero tal vez lo tenga para tu cerebro ecológico superior. De los recortes sólo pude ver que eran relatos bastante horripilantes de asesinatos o matanzas de mujeres. El peor era el de Nueva Delhi, sobre "balsas con cadáveres de mujeres" en el río. El más gracioso (!) era el de Texas, sobre el oficial del ejército que baleó a la esposa, las tres hijas y la tía porque Dios le ordenó que limpiara el lugar.

Barney es un encanto. Vendrá el domingo para ayudarme a sacar el caño del desagüe y ver qué lo está taponando. Ahora está hecho unas pascuas, desde que te fuiste, su programa de antiferomonas de la larva del abeto al fin dio resultado. ¿Sabes que probó más de 2.000 compuestos? Bien, parece que el número 2.097 funciona de veras. Cuando le pregunto cuál es el efecto suelta una risita, tú sabes qué tímido es con las mujeres. De cualquier modo, parece que un programa de fumigación salvará los bosques sin dañar un solo pájaro. Los pájaros y las personas son inmunes, dice él.

Bien, cariño, eso es todo excepto que Amy volverá a la escuela dominical de Chicago. La casa será una tumba, y la extrañaré terriblemente, aunque está en la etapa en que yo soy su peor enemiga. La hosca pubertad, dice Angie. Amy le manda cariños al papá. Yo te mando todo mi corazón, todo lo que no pueden decir las palabras.

Tu Anne

Alan guardó la carta en un cajón y echó un vistazo al resto de la correspondencia, negándose a pensar en su hogar y en Anne. El "sobre gordo" de Barney no estaba allí. Se acostó en la cama arrugada, apagando la luz

un minuto antes de que el generador del pueblo dejara de funcionar por la noche. En la oscuridad, los lugares que había mencionado Barney se desperdigaron alrededor de una esfera brumosa que giró, turbadora y fugaz, en su mente. Algo...

Pero luego el recuerdo de los niños afectados por parásitos con quienes había trabajado ese día en la clínica se adueñó de sus pensamientos. Se puso a reflexionar sobre los datos que debía recopilar. *Busca el eslabón vulnerable en la cadena conductual*: con cuánta frecuencia Barney —el doctor Barhard Braithwaite— le había martillado esa idea en el cráneo. ¿Dónde estaba, dónde? En la mañana se pondría a trabajar con colonias más grandes de mosca de la caña...

En ese momento, ocho mil kilómetros al norte, Anne escribía:

Oh, querido, querido, tus tres primeras cartas están aquí, llegaron todas juntas. Sabía que escribirías. Olvida lo que he dicho sobre las ricachonas morenas, era sólo una broma. Querido, te conozco... nos conozco. Esas horribles larvas de la mosca de la caña, esos pobres niños. Si no fueras mi esposo pensaría que eres un santo o algo por el estilo. (De todos modos lo pienso).

He clavado tus cartas en toda la casa, me hacen sentir menos sola. No tengo ninguna novedad excepto que las cosas están turbadoramente tranquilas. Barney y yo sacamos el caño del desagüe, estaba tapado por una enorme provisión de bellotas podridas. Las deben de haber tirado desde la canaleta, la cubriré con alambre. (No te preocupes, esta vez usaré una escalera).

Barney está raro, hurafío. Se está tomando muy a pecho el asunto de los Hijos de Adán, parece que formará parte del comité de investigación si alguna vez le dan vía libre. Lo raro del caso es que nadie quiere hacer nada, como si el asunto los superara. Selina Peters ha publicado algunos comentarios incisivos, como: Cuando un hombre mata a la esposa es asesinato, pero cuando lo hacen muchos lo llamamos estilo de vida. Creo que se está propagando, pero nadie sabe nada porque los medios están un poco amordazados. Barney dice que se lo considera una especie de histeria contagiosa. Insistió en que te enviara esta entrevista

sinistra, impresa en papel fino. Desde luego no se publicará. Pero la tranquilidad es peor, es como si pasara algo terrible y no pudiera verlo. Después de leer el escrito de Barney llamé a Pauline a San Diego para cerciorarme de que estaba bien. La voz era extraña, como si estuviera ocultando algo... mi propia hermana. Primero dijo que todo andaba bien y de pronto me preguntó si podía venir a quedarse un tiempo aquí el mes que viene, le dije que viniera, pero antes quiere vender la casa. Ojalá se apure.

Oh, el auto diesel está bien ahora, pero había que cambiarle el filtro. Tuve que ir hasta Springfield para conseguir uno pero Eddie lo instaló por sólo dos dólares y medio. Así hará quebrar el garaje.

Por si no lo adivinaste, los lugares que mencionó Barney están todos en los 30 grados norte o sur... las latitudes de presión alta. No exactamente, le dije yo, y él dijo que recordara que la zona de convergencia ecuatorial varía en invierno, y que añadiera Libia, Osaka y un lugar que no recuerdo... ah sí, Alice Springs, Australia. Qué tiene que ver esto con nada, le pregunté. El dijo: "Nada, espero". Lo dejo por tu cuenta, las lumbreras como Barney son gente rara.

Oh, mi amor, te mando todo mi cariño. Tus cartas me permiten seguir viviendo. Pero no te sientas obligado a escribir las, entiendo que estarás exhausto. Pero recuerda que estamos juntos, siempre y en todas partes.

Tu Anne

Oh P.D. Tuve que abrir el sobre para incluir el escrito de Barney, no fue la policía secreta. Aquí lo tienes. Cariños. A.

En el cuarto con tufo a cabra donde Alan leía esto, la lluvia tamborileaba en el techo. Se acercó la carta a la nariz para oler de nuevo el perfume tenue, la guardó. Luego extrajo el papel amarillo enviado por Barney y se puso a leer, el ceño fruncido.

INFORME ESPECIAL SOBRE EL CULTO DE PEEDSVILLE/HIJOS DE ADÁN Declaración del sargento Willard News, Globe Fork, Arkansas. Llegamos al bloqueo carretero a unos 120 kilómetros al oeste de Jacksonville. El mayor John

Heinz de Ashton nos estaba esperando, y nos hizo escoltar por dos vehículos blindados al mando del capitán T. Parr. Al mayor Heinz pareció disgustarle que el equipo médico del NIH incluyera dos mujeres. Nos previno enfáticamente sobre el peligro. De modo que la doctora Patsy Putnam (Urbana, Illinois), la psicóloga, decidí quedarme con el cordón militar. Pero la doctora Elaine Fay (Clinton, Nueva Jersey) insistió en acompañarnos, diciendo que ella era la epi-algo [epidemióloga].

Seguimos a los blindados a cincuenta kilómetros por hora durante una hora sin ver nada fuera de lo común. Había dos grandes letreros que decían "HIJOS DE ADA- ZONA LIBERADA". Pasamos frente a varias plantas de embalaje de pacana y una planta procesadora de cítricos. Los hombres del lugar nos miraron pero no hicieron nada raro. Desde luego no vi mujeres ni niños. En las afueras de Peedsville paramos ante una enorme barricada de tambores de gasolina frente a un gran depósito de cítricos. Esta zona es vieja, una especie de aldeúcha con un depósito. La parte nueva del pueblo, con el centro comercial y los edificios modernos, está a un kilómetro de distancia. Un obrero con escopeta salió del depósito y nos dijo que esperaríamos al alcalde. Creo que no vio a la doctora Elaine Fay, ella estaba agazapada detrás.

El alcalde Blount llegó en un patrullero policial y nuestro jefe el doctor Premack, explicó la misión que nos había encomendado el cirujano general. El alcalde Blount accedió a que la partida entrara en Peedsville para recoger muestras del suelo y el agua y lo demás, y para hablar con el médico que vive allí. El alcalde media más de 1,80 y pesaba más de 100 kilos. Tenía piel bronceada, pelo canoso. Sonreía y bromeaba cordialmente.

Luego echó una ojeada adentro del coche, vio a la doctora Elaine Fay y perdió los estribos. Empezó a aullar que todos debíamos largarnos de allí. Pero el doctor Premack atinó a hablarle y calmarlo, y por último el alcalde dijo que la doctora Fay debía entrar en la oficina del depósito y quedarse allí con la puerta cerrada. Yo también debía quedarme allí y cerciorarme de que no saliera. Uno de los hombres del alcalde guiaría el coche de la partida.

De modo que el personal médico, el alcalde y uno de los blindados siguieron viaje a Peedsville y yo llevé a la doctora Fay a la oficina del depósito y me senté. Estaba caluroso y sofocante. La doctora Fay abrió una ventana, pero cuando oí que trataba de hablarle a un viejo de afuera le dije que no podía hacer eso y cerré la ventana. El viejo se marchó. Luego ella quiso hablar conmigo pero le dije que no tenía ga-

nas de conversar. Pensé que la presencia de ella era un verdadero error.

Entonces ella se puso a examinar los archivos de la oficina y a leer documentos de allí. Le dije que estaba mal, que no debía hacer eso. Dijo que el gobierno le había encomendado que investigara. Me mostró un folleto o revista que tenían allí, se llamaba *El hombre escucha a Dios* y lo firmaba el reverendo McIlhenry. En la oficina había una caja llena. Me puse a leerlo y la doctora Fay dijo que quería lavarse las manos. De modo que la acompañé por una especie de pasillo cubierto junto a la cinta transportadora, hasta donde estaba el baño. No había puertas ni ventanas, de modo que regresé. Al rato ella gritó que allí había un catre e iba a recostarse. Pensé que no había problema porque no había ventanas, y además me alegraba poder librarme de su compañía.

Cuando me puse a leer el libro me intrigó. Era ideas muy profundas sobre cómo el hombre es juzgado por Dios y si cumplimos con nuestro deber Dios nos bendecirá con una vida verdaderamente nueva en la Tierra. Las señales y portentos lo muestran. No era como esas cosas de la escuela dominical. Era profundo de veras.

Al rato oí música y vi que los soldados del otro blindado estaban enfrente, junto a los tanques de gasolina, sentados a la sombra de unos árboles y charlando con los obreros de la planta. Uno de ellos tocaba una guitarra, no eléctrica, de las comunes. Todo parecía muy tranquilo.

Entonces el alcalde Blunt llegó solo en el patrullero y entró. Cuando me vio leyendo el libro me sonrió paternalmente, pero lo noté tenso. Me preguntó dónde estaba la doctora Fay y le dije que estaba recostada en el fondo. Dijo que estaba bien. Luego suspiró y echó a andar por el corredor, cerrando la puerta. Me quedé sentado, escuchando la guitarra, tratando de oír al que cantaba. Tenía mucho hambre y mi almuerzo estaba en el coche del doctor Premack.

Al rato la puerta se abrió y volvió el alcalde Blount. Tenía un aspecto terrible, con las ropas desaliñadas y raspones con sangre en la cara. No dijo nada, sólo me clavó una mirada dura y penetrante, como sin saber dónde estaba. Noté que llevaba la bragueta abierta y tenía sangre en la ropa y en las partes pudendas.

No tuve miedo, sentí que había ocurrido algo importante. Traté de hacerlo sentar. Pero él me hizo una seña para que lo siguiera al fondo, hasta donde estaba la doctora Fay. "Debes ver", me dijo. Entró en el baño y yo entré en un cuartucho allí al lado, donde estaba el

catre. La luz era bastante buena, con los reflejos del techo de lata encima de las paredes. Vi a la doctora tendida en el catre con aire apacible. Estaba muy recta, con la ropa un poco arrugada, pero tenía las piernas juntas. Me alegró ver eso. Tenía la blusa levantada y le vi un corte o incisión en el abdomen. De allí brotaba sangre, o había brotado de allí, como de una boca. Ya no se movía. Además tenía la garganta cortada.

Volví a la oficina. El alcalde Blount estaba sentado, y parecía exhausto. Se había lavado. "Lo hice por tí. ¿Comprendes?", dijo.

Parecía un padre, no lo puedo expresar mejor. Comprendí que sufría una tensión terrible, había asumido una gran responsabilidad por mí. Luego me explicó que la doctora Fay era muy peligrosa, era lo que llaman una cliptohembra [¿cripto?], la especie más peligrosa. El la había expuesto y había purificado la situación. Me habló sin rodeos, y yo no sentí ninguna confusión, sabía que había actuado correctamente.

Hablamos sobre el libro, sobre cómo el hombre debe purificarse y mostrarle a Dios un mundo limpio. Dijo que había personas que preguntaban cómo el hombre puede reproducirse sin mujeres pero esas personas no comprenden la cuestión. La cuestión es que mientras el hombre dependa de sus costumbres bestiales Dios no lo ayudará. Cuando el hombre se libre de su parte animal, que es la mujer, ésa es la señal que Dios está esperando. Entonces Dios revelará la manera nueva, limpia y verdadera, y quizá vengan ángeles trayendo nuevas almas, o quizá vivamos para siempre, pero no nos corresponde especular, sólo obedecer. Dijo que algunos hombres de por aquí habían visto a un Ángel del Señor. Esto era muy profundo, era como si produjera un eco dentro de mí, sentí que era inspiración.

Luego llegó el equipo médico y le dije al doctor Premack que la doctora Fay había sido cuidada y enviada de regreso, y subí al coche para sacarlos de la Zona Liberada. Sin embargo, cuatro de los seis soldados de la partida se negaron a venir. El capitán Parr trató de convencerlos pero al fin aceptó que se quedaran a vigilar la barricada de tambores.

A mí también me hubiera gustado quedarme, el lugar era tan tranquilo, pero me necesitaban para manejar el auto. Si hubiera sabido que armarian todo este revuelo no les habría hecho el favor. No estoy loco y no hice nada malo y mi abogado me pondrá en libertad. Es todo lo que tengo que decir.

En Cuyapán, la calurosa lluvia de la tarde había cesado por el momento. Cuando Alan

iba a dejar la siniestra declaración del sargento Willard Mews vio unas palabras garrrapateadas en el margen. La letra arácnida de Barney. Entornó los ojos.

La religión y la metafísica del hombre son las voces de sus glándulas.

Schönwiser, 1878.

Alan no sabía quién demonios era Schönwiser, pero sabía qué quería decir Barney. Esa secta fanática y homicida Mc-no-sé-cuánto era un síntoma, no una causa. Barney creía que algo estaba afectando físicamente a los hombres de Peedsville, generando una psicosis, y un demagogo religioso local había surgido para "explicarla".

Bien, era posible. Pero, causa o efecto, Alan sólo pensaba en una cosa: mil doscientos kilómetros de Peedsville a Ann Arbor. Anne estaría a salvo. Tenía que estarlo.

Se desplomó en el incómodo catre, concentrándose con entusiasmo en su trabajo. A costa de un millón de mordeduras y tajos, estaba seguro de haber encontrado el eslabón vulnerable en el ciclo de la mosca de caña. La sexualidad promiscua del macho, la relativa escasez de hembras que ovulaban. Se repetiría la solución del callitroga hominivorax, con los sexos invertidos. Concentrar la feromona, liberar las hembras esterilizadas. Afortunadamente las poblaciones proliferantes estaban relativamente aisladas. En un par de temporadas sufrirían el efecto. Entretanto habría que seguir rociando con pesticida, claro; una lástima, estaba exterminando todo y contaminando el agua, y de un modo u otro las moscas de caña habían desarrollado inmunidad. Pero en un par de temporadas, tal vez tres, las poblaciones de mosca de caña estarían por debajo de la capacidad reproductiva. Ya no habría cuerpos humanos torturados con esas larvas hediondas en las fosas nasales y el cerebro... Sonriendo, decidió dormir una siesta.

En el norte, Anne se mordía el labio, avergonzada y dolorida.

Querido, no debería admitirlo pero tu esposa está un poco alterada. Nervios de mujer o algo así, nada serio. Aquí todo está normal. Tan ominosamente normal, nada en los dia-

rios, nada en ninguna parte excepto los comentarios de Barney y Lillian. Pero el teléfono de Pauline no contesta en San Diego; el quinto día un desconocido me gritó y colgó. Tal vez ella vendió la casa. ¿Pero por qué no llama?

Lillian está en uno de esos comités pro salvación de las mujeres, como si fuéramos una especie en peligro. En fin, ya conoces a Lillian. Parece que la Cruz Roja empezó a instalar campamentos. Pero ella dice que después de la primera oleada sólo unos pocos salen de lo que llaman las "áreas afectadas". Tampoco muchos niños, ni siquiera varones. Y tienen algunas fotos aéreas de las inmediaciones de Lubbock, mostrando lo que parecen fosas comunes. Oh, Alan... hasta ahora parece que se propaga hacia el oeste, pero algo le está pasando a St. Louis, no hay noticias de allá. Tantos lugares parecen haberse borrado del mapa, tuve una pesadilla en la que no había ninguna mujer viva en esos lugares. Y nadie hace nada. Se habló de fumigar las zonas con tranquilizantes y luego no hubo más comentarios. ¿De qué serviría? En la U.N. alguien propuso una convención sobre -no podrás creerlo- los *femicidas*. Parece una marca de desodorante.

Perdóname, querido, estoy un poco histérica. George Searles volvió de Georgia hablando de la voluntad de Dios, él que siempre fue ateo. Alan, está ocurriendo algo insólito.

Pero no hay hechos. Nada. El cirujano general publicó un informe sobre los cuerpos del Rahway Rip-Breast Team. Creo que no te conté nada al respecto. De cualquier modo, no encontraron nada patológico. Milton Baines escribió una carta diciendo que con nuestros conocimientos actuales no podemos distinguir el cerebro de un santo del cerebro de un asesino psicópata, de modo que no podrían encontrar nada cuando no saben qué buscar.

Bien, basta de horrores. Todo habrá terminado para cuando regreses, sólo será historia. Todo está bien aquí, arreglé de nuevo el silenciador del coche. Y Amy vendrá a casa a pasar las vacaciones. Eso sí me hará olvidar esos problemas distantes.

Oh, una anécdota divertida para el final: Angie me contó el efecto de la enzima de Barney sobre la larva del abeto. Parece que impide al macho volverse después que se jun-

ta con la hembra, de modo que copula con la cabeza de ella. Como un mecanismo de relojería al que le falta un engranaje. Algunas de esas hembras se llevarán una bonita sorpresa. ¿Pero por qué Barney no me lo contó? Vaya si es tímido, pobre. Como de costumbre, me dio material para que te enviara. No lo leí.

No te preocupes. Todo está bien.

Te amo, te amo tanto.

Siempre, siempre tuya, Anne

Dos semanas más tarde en Cuyapán, cuando los papeles de Barney se deslizaron fuera del sobre, Alan tampoco los leyó. Los guardó con manos trémulas en el bolsillo de la chaqueta y se puso a juntar sus notas sobre la mesa desvencijada, donde había una nota dirigida a la hermana Dominique. Anne, querida Anne. Al cuerno con la mosca de caña, al demonio con todo excepto ese temblor en la letra de su muchachita valiente. Al diablo con estar a ocho mil kilómetros de su mujer y su hija, mientras cundía una locura mortal. Amontonó sus escasas pertenencias en el bolso. Si se apuraba podía tomar el ómnibus a Bogotá y tal vez alcanzar el vuelo a Miami.

En Miami encontró los aviones al norte repletos. Perdió un vuelo de refuerzo; seis horas de espera. Tiempo de llamar a Anne. Cuando pudo comunicarse, tras algunas dificultades, no estaba preparado para la oleada de alegría y alivio que estalló a través de la línea.

—Gracias a Dios... no puedo creerlo... Oh, Alan, querido, ¿eres tú...? No puedo creerlo...

Descubrió que él también se repetía, y todo mezclado con los datos sobre la mosca de la caña. Cuando al fin colgó, ambos reían histéricamente.

Seis horas. Se acomodó en una maltrecha silla de plástico frente a Aerolíneas Argentinas, un poco pensando en la clínica, un poco en las multitudes que pasaban frente a él. Pronto notó que había algo diferente aquí. ¿Dónde estaba la fauna decorativa que normalmente lo divertía en Miami, el desfile de muchachas con jeans claros y ceñidos? ¿Los flecos, las botas, los sombreros y peinados extravagantes, las asombrosas extensiones de piel recién bronceada, las telas brillantes que apenas ocultaban las curvas de los senos y las cade-

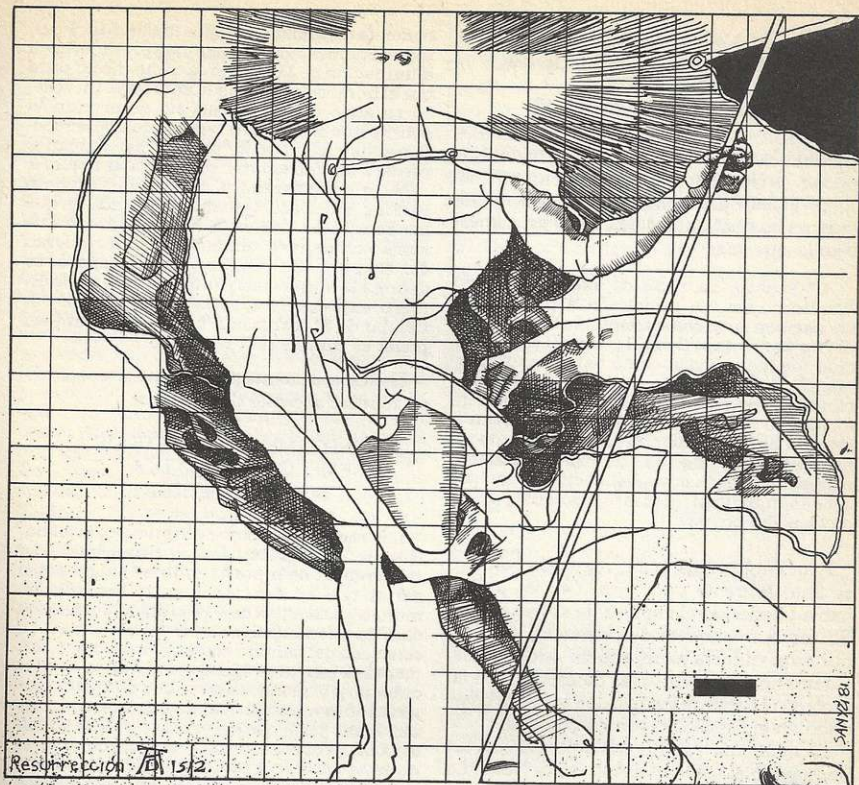
ras? No aquí... pero un momento; mirando atentamente, atisbó dos caras jóvenes arrebujadas en abrigos poco sentadores, los cuerpos enfundados en faldas enormes y anónimas. En realidad, en todo el lugar podía ver el mismo espectáculo: ponchos con capucha, ropas sin forma y pantalones abolsados, colores opacos. ¿Un nuevo estilo? No, no lo creía. Le pareció que los movimientos insinuaban sigilo, timidez. Y se desplazaban en grupos. Observó a una muchacha solitaria que se apuraba para alcanzar a otras, aparentemente extrañas. La aceptaron en silencio.

Están asustadas, pensó. Temen llamar la atención. Hasta esa matrona canosa, vestida con pantalón y chaqueta, que guiaba resueltamente un rebaño de mocosos, miraba en torno nerviosamente.

Y en el mostrador argentino que tenía enfrente vio otra cosa rara: dos filas con un gran letrero encima, *Mujeres*. Dos hileras de formas anónimas y calladas.

Los hombres parecían comportarse normalmente; corrían, esperaban, rezongaban y bromeaban en las filas mientras cargaban con las maletas. Pero Alan sintió una corriente subterránea de tensión, como un gas irritante en el aire. Frente a la línea de tiendas que tenía detrás unos pocos hombres aislados parecían estar distribuyendo folletos. Un empleado del aeropuerto habló con el hombre más cercano, quien se encogió de hombros y se alejó unos pasos.

Para distraerse, Alan tomó un *Miami Herald* del asiento de al lado. Era asombrosamente delgado. Las novedades internacionales lo entretuvieron un rato; hacía semanas que no las leía. También parecían extrañamente vacías, como si hasta las malas noticias se hubieran agotado. La guerra africana de semanas antes aparentemente había terminado, o no le prestaban atención. En una conferencia cumbre de empresarios se regateaba sobre los precios del grano y el acero. Se dedicó a mirar las necrológicas, columnas de tipografía apretada dominadas por la foto de un difunto ex senador a quien no conocía. Luego dos anuncios al pie de la página le llamaron la atención. Uno era demasiado florido para comprenderlo al instante, pero el otro declaraba en una tipografía clara y enfática:



LA CASA FUNERARIA FORSETTE LAMENTA ANUNCIAR QUE YA NO ACEPTARA CADAVERES DE MUJERES

Alan plegó lentamente el diario, mirándolo sin ver. En la última página había un artículo con el titular *Advertencia sobre riesgos marítimos*, en las noticias navieras. Leyó sin asimilar bien lo que leía:

AP/Nassau: La nave de excursión *Carib Swallow* ayer fue remolcada a puerto tras chocar con una obstrucción en la Corriente del Golfo frente al Cabo Hatteras. La obstrucción fue identificada como parte de un fragmento de red de navío pesquero donde flotaban cadáveres de mujeres. Esto confirma informes de Florida y el Golfo sobre la utilización de dichas redes, algunas de más de un kilómetro de longitud. Informes similares procedentes de la costa del Pacífico e incluso del Japón indican un riesgo creciente para la navegación costera.

Alan arrojó el diario a un cesto de basura y se frotó la frente y los ojos. Gracias a Dios había obedecido el impulso de volver a casa. Se sentía totalmente desorientado, como si por error hubiera aterrizado en otro planeta. Cuatro horas y media más de espera... Al fin recordó el papel de Barney que se había guardado en el bolsillo, lo extrajo y lo alisó.

La nota principal, sin embargo, parecía ser de Anne, o al menos del *Ann Arbor News*. La doctora Lillian Dash, junto con varios cientos de integrantes de su organización, había sido arrestada por realizar una manifestación sin permiso frente a la Casa Blanca. Apparently habían prendido fuego a un tambor de gasolina, lo cual se consideraba particularmente grave. Varios grupos femeninos habían participado, y Alan calculó que el total debía sumar miles y no cientos. Se estaban tomando medidas de seguridad extraordinarias, pese a que el presidente no se encontraba entonces en la ciudad.

El recorte siguiente tenía que ser de Barney, si Alan podía reconocer el humor incisivo del viejo.

UP/Ciudad del Vaticano. 19 de junio. El Papa Juan IV hoy insinuó que no se propone hacer

comentarios oficiales sobre los llamados cultos de Purificación Paulina, que promueven la eliminación de las mujeres como medio para que el hombre se justifique ante Dios. Un vocero enfatizó que la Iglesia no se pronuncia sobre estos cultos pero repudia cualquier doctrina que involucre un "desafío" para que Dios revele sus planes ulteriores para el hombre.

El cardenal Fazzoli, vocero del movimiento Paulino Europeo, reafirmó su opinión de que las Escrituras definen a la mujer como una mera compañera temporaria, instrumento del Hombre. En ninguna parte, declaró, se define a la mujer como humana, sino como un mero expediente o estado transitorio. "El tiempo de la transición hacia la humanidad plena es inminente", concluyó.

El próximo recorte parecía una fotocopia de un número reciente de *Science*:

INFORME DEL COMITE DE EMERGENCIA AD HOC SOBRE FEMICIDIO

Los recientes brotes de femicidio, mundiales pero localizados, parecen representar una recurrencia de brotes similares en grupos o sectas que no son raros en la historia del mundo en tiempos de stress psíquico. En este caso la causa radical es indudablemente la celeridad del cambio social y tecnológico, aumentada por la presión demográfica, con la difusión y el alcance agravados por las comunicaciones mundiales instantáneas, que afectan a más personas susceptibles. No se considera un problema médico ni epidemiológico; no se ha localizado una patología física. Guarda mayor parentesco con las diversas manías que asolaron Europa en el siglo XVII, como las Manías de la Danza, y al igual que ellas deberían cumplir su ciclo y desaparecer. Los cultos milenaristas que han surgido en las zonas afectadas no parecen relacionados entre sí, pues sólo tienen en común la idea de que un nuevo medio de reproducción humana será revelado como resultado de la eliminación "purificadora" de las mujeres.

Recomendamos que (1) se suspenda toda información alarmista y sensacionalista; (2) se organicen y mantengan refugios para las mujeres que escapan de las áreas focales; (3) se continúe y refuerce el cercamiento de las áreas afectadas con cordones militares; y que (4) después de un período de enfriamiento y recesión de la manía, equipos calificados en salud mental y personal profesional apropiado se internen en las áreas para encargarse de la rehabilitación.

RESUMEN DEL INFORME MINORITARIO DEL COMITE AD HOC

Los nueve miembros que suscriben este informe acuerdan en que no hay evidencias de un contagio epidemiológico del fomicidio en sentido estricto. Sin embargo, la relación geográfica entre las áreas focales del brote sugiere enfáticamente que no puede ser desechado como un fenómeno meramente psicosocial. Los brotes iniciales afectaron todo el globo cerca del paralelo 30, el área de principal circulación descendente de vientos superiores procedentes de la Zona de Convergencia Intertropical. Así, sería de esperar que un agente o condición de la atmósfera ecuatorial superior llegara al nivel del suelo a lo largo del paralelo 30, con ciertas variaciones según la estación. Una variación principal consiste en que la circulación descendente avanza hacia el norte por encima del este de Asia durante los últimos meses del invierno, y las zonas al sur del continente (Arabia, India occidental, partes de Africa del Norte) de hecho sólo tuvieron brotes hace poco, cuando la zona de circulación descendente se desplazó al sur. Hay una circulación descendente similar en el hemisferio sur, y hubo brotes a lo largo del paralelo 30 en Pretoria y Alice Spring, Australia. (Actualmente no se dispone de informes sobre Argentina).

Esta correlación geográfica no puede subestimarse, y por lo tanto se solicita una investigación intensificada de una causa física. También se recomienda con urgencia que la velocidad de propagación desde los puntos focales conocidos sea correlacionada con la condición de los vientos. Debería tenerse en cuenta la posibilidad de brotes similares a lo largo de las zonas secundarias de descenso, a los 60 grados norte y sur.

(firma por la minoría)
Barnhard Braithwaite

Alan sonrió evocativamente ante el nombre de su amigo, que parecía integrar la normalidad y la estabilidad en el mundo. Además, Barney daba la impresión de tener ideas sólidas, pese al predominio de la idiotez. Trató de inferir cuáles serían.

Luego la cara le cambió lentamente mientras pensaba cómo sería el reencuentro con Anne. En pocas horas rodearía con los brazos ese cuerpo alto, secretamente hermoso, que había llegado a obsesionarlo. El amor de ellos

había florecido tardíamente. Se habían casado, suponía ahora, por amistad, incluso por la presión de los amigos. Todos decían que estaban hechos el uno para el otro, el grande y rechoncho y rubio, ella morena y delgada; ambos tímidos, reservados, cerebrales. Durante los primeros años la amistad se había mantenido, pero sexualmente no se entendían demasiado. Una necesidad convencional. Un modo cortés de tranquilizarse mutuamente, pero íntimamente decepcionante: ahora podía reconocerlo.

Luego, cuando Amy empezó a caminar, algo ocurrió. Un milagroso pórtico interior de sensualidad se les abrió lentamente, la liberación del cielo secreto e insospechado o el gozo físico y pleno de que eran capaces... Qué desgarrador había sido cuando surgió el asunto de Colombia. Sólo la absoluta confianza que se tenían lo indujo a aceptar. Y ahora, poder tenerla de nuevo, intensamente deseable después del período de separación: sentir-ver-oír-oler-aferrar. Se movió en el asiento para ocultar la excitación del cuerpo, hipnotizado por la fantasía.

Y Amy también estaría allí; sonrió al evocar el cuerpecito prepubescente apretado contra el suyo. Sería una muchacha atractiva, sin duda alguna. Su virilidad entendía a Amy mucho más que la madre; no habría fase cerebral para Amy... Pero Anne, su muchachita tímida y exquisita, con quien había encontrado el camino hacia los deleites casi insoportables de la carne... Primero el saludo convencional, pensó; las novedades, la excitación callada, saboreada, creciendo detrás de los ojos; las caricias leves, luego la ida al dormitorio, las ropas en el suelo, las caricias, tímidas al principio, la carne, la desnudez, las delicadas incitaciones, el abrazo, la primera acometida...

Una alarma estridente le sonó en la cabeza. Lanzado fuera del sueño, miró en torno, luego se miró las manos. ¿Qué hacía con la navaja abierta en el puño?

Aturdido, buscó al tanteo los últimos jirones de su fantasía, y comprendió que las imágenes táctiles no habían sido de caricias, sino de un cuello frágil partiéndose en el puño, la acometida había sido el ímpetu de una hoja desgarrando vísceras. En sus brazos, piernas, fan-

tasmas de huesos que golpeaban, pisoteaban y se partían. Y Amy...

Oh Dios, oh Dios.

No deseo sexual, sino sed de sangre.

Con eso había estado soñando. Había sexualidad, sí, pero al servicio de algún mecanismo de muerte.

Atontado, guardó la navaja, pensando una y otra vez: me ha contagiado. Me ha contagiado. Sea lo que fuere, me ha contagiado. No puedo ir a casa.

Al cabo de un rato se levantó y se dirigió al mostrador de la United para devolver el pasaje. La fila era larga. Mientras esperaba, la mente se le despejó un poco. ¿Qué podía hacer en Miami? ¿No sería mejor regresar a Ann Arbor y entregarse a Barney? Si alguien podía ayudarlo, ése era Barney. Sí, era lo mejor. Pero primero tenía que avisarle a Anne.

Esta vez tardó aún más tiempo en comunicarse. Cuando al fin Anne atendió, él farfulló ininteligiblemente, y le costó un poco hacerle entender que no estaba hablando de una demora en los vuelos.

—Te digo que se me ha contagiado. Escucha, Anne, por amor de Dios. Si voy a la casa no debes que me acerque a ti. Lo digo en serio. Iré al laboratorio, pero podría descontrolarme y tratar de ir a buscarte. ¿Barney está allí?

—Sí, pero querido...

—Escucha. Tal vez él pueda curarme, tal vez esto pase. Pero soy peligroso, Anne. Anne, te mataría, ¿puedes entenderlo? Consigue un arma. Trataré de no acercarme a la casa. Pero si lo hago, no debes que me acerque a ti. Ni a Amy. Es una enfermedad, es real. Trátame... trátame como a un animal salvaje. Anne, dí que entiendes, dí que lo harás.

Cuando colgó ambos lloraban.

Temblando, volvió a sentarse y esperar. Al cabo de un tiempo pareció tener las ideas aún más claras. Doctor, trata de pensar. Lo primero que pensó fue en tomar la odiosa navaja y arrojarla a la basura. Al hacerlo advirtió que tenía otro papel de Barney en el bolsillo. Lo alisó; parecía un recorte de *Nature*.

En la parte superior había una nota de Barney: "El único que dice algo sensato. Gran Bretaña afectada ahora; Oslo, Copenhague incomunicadas. Los imbéciles se niegan a escucharme. Presta atención."

Comunicación del profesor Ian MacIntyre. Universidad de Glasgow:

Una dificultad potencial para nuestra especie ha estado siempre implícita en la estrecha vinculación entre la expresión conductual de la agresión/predación y la reproducción sexual en el varón. Esta vinculación estrecha implica (a) muchos de los mismos caminos neuromusculares que se utilizan tanto en la persecución predatoria y sexual, aferrar, montar, etc., y (b) estados similares de excitación adrenergética que se activan en ambos. La misma vinculación se ve en los machos de muchas otras especies; en algunos, la expresión de la agresión y la copulación alternan o incluso coexisten, y un ejemplo archiconocido es el del gato doméstico. Los machos de muchas especies muerden, rasguñan, golpean, pisan o agreden de otras maneras a las hembras receptivas durante el acto sexual; de hecho, en algunas especies la agresión del macho es necesaria para estimular la ovulación en la hembra.

En muchas, si no en todas las especies, lo que aparece primero es la conducta agresiva, y luego se trastoca en conducta copulatoria cuando se presenta la señal apropiada (ejemplo, el gasterosteo de tres púas y el petirrojo europeo). Al no captar la señal inhibitoria, la reacción agresiva del macho continúa y la hembra es atacada o ahuyentada.

Por lo tanto parece apropiado presumir que la crisis actual podría ser causada por alguna sustancia, tal vez en el nivel vírico o enzimático, que provoca una falla en la función de encendido o gatillado de los primates superiores. (Nota: recientemente se ha observado que los gorilas y chimpancés de los zoológicos atacaron y destruyeron a sus hembras; los macacos no.) Semejante disfunción podría expresarse en incapacidad de la conducta de apareamiento para modificar o superar la reacción agresiva/predatoria; es decir, el estímulo sexual sólo produciría un ataque, y el estímulo se descargaría mediante la destrucción del objeto estimulante.

En este sentido cabría observar que la misma condición es común en la patología funcional masculina, en aquellos casos donde el asesinato se produce como respuesta al, y aparente satisfacción del, deseo sexual.

Convendría enfatizar que la relación agresión/copulación comentada aquí se da específicamente en los machos; la reacción de las hembras (ejemplo, el reflejo lordótico) es de naturaleza diferente.

Alan se quedó un largo rato sosteniendo la hoja de papel arrugado; las frases; las frases

áridas y alambicadas del escocés parecían des-
 pejarle la cabeza, pese a la atmósfera de ten-
 sión contenida que lo rodeaba. Bien, si la con-
 taminación o lo que fuere había producido
 alguna sustancia, presumiblemente podía
 combatirse, filtrarse, neutralizarse. Muy cuida-
 dosamente, evocó su vida con Anne, su se-
 xualidad. Sí; buena parte de sus juegos amo-
 rosos podían considerarse salvajismo genitali-
 zado, dulcificado por la sexualidad. Juego-
 depredación... Pensó rápidamente en otra co-
 sa. Recordó la frase de un escritor: "El elemen-
 to pánico es todo sexo." ¿Quién? ¿Fritz Lei-
 ber? La violación de la distancia social, tal vez;
 otro elemento amenazador. Sea lo que fuere,
 es nuestro eslabón débil, pensó. Nuestra vul-
 nerabilidad... La espantosa sensación de justi-
 cia que había experimentado cuando se sor-
 prendió con la navaja en la mano, en sus
 fantaseos de violencia, le vino a la mente.
 Como si fuera el modo correcto, el único.
 ¿Qué sentían las larvas de Barney cuando se
 apareaban con sus hembras por el extremo
 erróneo?

Poco después sintió ganas de orinar y buscó
 un baño. El lugar estaba vacío, excepto por lo
 que tomó por una pila de ropa que bloqueaba
 la entrada al retrete. Luego vio el charco pardo
 rojizo en que yacía la ropa, y las curvas azula-
 das de las caderas desnudas, flacas. Retroce-
 dió sin respirar, y huyó hacia la multitud más
 cercana, sabiendo que no era el primero que
 escapaba.

Desde luego. Cualquier impulso sexual.
 Muchachos, hombres también.

Antes de meterse en otro baño se cercióro
 de que los hombres entraran y salieran nor-
 malmente.

Luego volvió a sentarse para esperar, repi-
 tiéndose una y otra vez: vé al laboratorio. No
 vayas a casa. Vé directamente al laboratorio.
 Tres horas más; estaba estólidamente sentado
 a los 26 grados norte, 81 grados oeste, respi-
 rando, respirando...

*Querido diario. Gran escena esta noche.
 ¡Papá volvió a casa! Sólo que actuaba de un
 modo cómico. Hizo esperar al taxista y no
 entró en la casa, no quiso tocarme ni dejó que
 nos acercáramos a él (Quiero decir cómico
 raro, no cómico gracioso). Dijo: Tengo que*

*decirte algo, esto está empeorando, no mejo-
 rando. Dormiré en el laboratorio pero quiero
 que te vayas, Anne, Anne, ya no puedo con-
 fiar en mí. A primera hora de la mañana ambas
 tomarán el avión, irán a casa de Martha y se
 quedarán allá. Creí que bromeaba. La sema-
 na que viene es el baile y tía Martha vive en
 Whitehorse donde no hay nada nada nada.
 Así que yo chillaba y mamá chillaba y papá
 gruñía. ¡Váyanse! Y luego se puso a llorar. ¡A
 llorar! Entonces me di cuenta de que iba en
 serio, y me acerqué a él pero mamá me echó
 hacia atrás y entonces vi que ella tenía ese
 enorme ¡¡¡CUCHILLO!!! Y entonces me puso
 a espaldas de ella y también se puso a llorar,
 Oh Alan, Oh Alan, como si estuviera loca. De
 modo que dije Papá, nunca te dejaré, me pa-
 reció lo más indicado para decir. Y fue estre-
 mecedor, pues me miró con tristeza y profun-
 didad como si yo fuera una adulta mientras
 mamá me trataba como una niña como de
 costumbre. Pero mamá lo arruinó gritando,
 Alan, la niña está alterada, vete. Así que él se
 fue aullando. Váyanse, toma el auto. Lárguen-
 se antes que vuelva.*

*Oh olvidada poner que yo justo tenía la bata
 verde y los rulers, vaya mala suerte, cómo
 podía haber sabido que tendríamos una esce-
 na tan hermosa, nunca se saben los caprichos
 crueles de la vida. Y mamá está sacando male-
 tas y gritando Empaca tus cosas pronto. De
 modo que ella se va, supongo, pero no, repito,
 no pasaré el otoño aburriéndome como una
 ostra con tía Martha y perdiéndome el baile y
 todas las salidas del verano. Y papá trataba de
 comunicarse con nosotros, ¿verdad? Creo
 que la relación de ellos está acabada. De modo
 que cuando ella suba me largaré, iré al labora-
 torio a ver a papá.*

*Oh P.D. Diane me rasgó los jeans amarillos
 prometió que podía usar los suyos rosados ja
 ja éste será el día.*

*Arranqué la página del diario de Amy cuan-
 do oí que se acercaba el patrullero. Nunca
 antes abrí su diario pero cuando descubrí que
 se había ido miré... Oh, mi pobrecita niña. Fue
 hacia él, mi pobre niña, mi pobre niña tonta.
 Tal vez si yo me hubiera tomado el trabajo de
 explicarle, tal vez...*

*Perdóname, Barney. Esa cosa está perdién-
 do efecto, las inyecciones que me dieron. Es*

decir, antes no sentía nada. Sabía que la hija de alguien había ido a ver al padre y él la había matado. Y la había degollado. Pero no significaba nada.

La nota de Alan, me la dieron pero después se la llevaron. ¿Por qué tuvieron que hacer eso? Su última nota, las últimas palabras que escribió antes de empuñar la, antes que él...

La recuerdo: *Con repentina ligereza, los lazos cedieron. Y aprendimos sobre finalidades junto a la tumba. Los lazos de nuestra humanidad han cedido, estamos acabados. Amo...*

Estoy bien, Barney, de veras. ¿Quién escribió eso, Robert Frost? *Los lazos cedieron...* Oh, decía, dile a Barney: *La terrible justicia* ¿Qué quiso decir?

No puedes responder a eso, querido Barney. Escribo esto sólo para conservar la cordura, lo dejaré en tu casillero. Gracias, gracias, querido Barney. Aunque estaba aturdida, supe que eras tú. Mientras me cortabas el pelo y me ensuciabas la cara, sabía que estaba bien porque eras tú. Barney, nunca creí que fueran ciertas esas palabras horribles que dijiste sobre ti. Siempre fuiste el querido Barney.

Cuando pasó el efecto de la inyección ya había hecho todo lo que me habías dicho, la gasolina, las provisiones. Ahora estoy aquí en tu cabaña. Con esas ropas que me hiciste poner supongo que tengo aspecto de varón. El empleado de la estación de servicio me llamó "señor".

Todavía no me doy cuenta de lo que pasa. Tengo que contenerme para no volver. Pero sé que me salvaste la vida. En mi primer viaje al pueblo compré un diario, vi que habían bombardeado el refugio de Apostle Islands. Y también leí sobre esas tres mujeres que robaron el avión de la Fuerza Aérea y bombardearon Dallas. Claro que las derribaron, sobre el Golfo. ¿No es raro que no hagamos nada? Sólo nos dejamos matar de a dos y de a tres. O más, ahora que empezaron con los refugios... Como conejos hipnotizados. Somos una raza desdentada.

¿Sabes que antes nunca dije "somos" refiriéndome a las mujeres? "Somos" era siempre para Alan y yo, y Amy desde luego. La matanza selectiva estimula la identificación grupal... Como ves, conservo la cordura.

Pero aún no logro comprender.

Mi primer viaje fue para buscar sal y quero-sén. Fui a esa pequeña tienda, Red Deer, y traté con el viejo del fondo, como tú me dijiste... ¿Te das cuenta? Me acordé. Me llamó "muchacho", pero creo que sospecha algo. Sabe que estoy en tu cabaña.

De cualquier modo, algunos hombres y muchachos entraron adelante. Eran todos tan normales, reían y bromeaban. No podía creerlo, Barney. De hecho pasaba frente a ellos cuando oí que uno decía: "Heinz vio un ángel." Un ángel. De modo que me paré a escuchar. Dijeron que era grande y centelleante. Venía para ver si el hombre cumplía con la voluntad de Dios, dijeron. Y añadió, Moose-nee es ahora una zona liberada, y también la Bahía de Hudson. Me volví y salí por el fondo, rápido. El viejo también los había oído. Extrañaré a los mocosos, me dijo en voz baja.

La Bahía de Hudson, Barney, o sea que también viene del norte, ¿verdad? Eso debe estar a los 60 grados.

Pero tengo que regresar de nuevo allá, para conseguir anzuelos. No puedo alimentarme con pan. La semana pasada encontré un cierto muerto por un cazador furtivo, sólo la cabeza y las patas. Hice un asado. Era una hembra. Los ojos; me pregunto si los míos tienen ahora el mismo aspecto.

Hoy fui a comprar los anzuelos. Horrible, no podré regresar más. Había algunos hombres en el frente de nuevo, pero eran diferentes. Huraños y tensos. Ningún muchacho. Y había un letrero nuevo adelante, no pude verlo; tal vez dice Zona Liberada también.

El viejo me dio los anzuelos rápidamente y susurró, "Muchacho, los bosques estarán llenos de cazadores la semana que viene". Casi eché a correr.

Camino abajo, a un kilómetro, una camioneta azul empezó a perseguirme. Supongo que el fulano no era de aquí, metí el Volkswagen en un claro y él siguió de largo. Al cabo de un rato salí y empecé el regreso, pero dejé el coche a un kilómetro y medio de aquí y seguí caminando. Es asombroso cuánto cuesta apilar ramas suficientes para tapar un Volkswagen amarillo.

Barney, no puedo quedarme aquí. Como percas crudas para que nadie vea el humo, pero esos cazadores vendrán pronto. Me iré

con la bolsa de dormir al pantano, cerca de esa roca grande, no creo que muchas personas vayan allí.

Desde las últimas líneas me mudé. Me siento más segura. Oh, Barney, ¿cómo pasó esto?

Rápido, así pasó. Seis meses atrás yo era la doctora Anne Alstein. Ahora soy una viuda, una madre privada de la hija, sucia y hambrienta, agazapada en un pantano y muerta de miedo. Podría ser la última mujer con vida en la Tierra. Cuando menos, debo ser la última de por aquí. Tal vez algunas se refugiaron en el Himalaya, o se ocultan entre los destrozos de Nueva York. ¿Cómo podemos durar?

No podemos.

Y yo no podré sobrevivir al invierno aquí, Barney. Son 40 grados bajo cero. Tendría que encender un fuego, ellos verían el humo. Aunque me dirigiera al sur, el bosque termina en trescientos kilómetros. Me cazarían como un pato. Es inútil. Tal vez alguien esté intentando algo en alguna parte, pero no llegará aquí a tiempo... ¿Y para qué quiero vivir?

No. Moriré dignamente, me subiré a esa roca desde donde puedo ver las estrellas. Después que regrese y te deje este mensaje. Esperaré para ver por última vez el hermoso color de los árboles.

Sé cuál será el epitafio que tallaré:

AQUI YACE EL SEGUNDO PRIMATE EN
MALDAD DE LA TIERRA

Adiós, queridísimo Barney.

Supongo que nadie leerá esto, a menos que

yo tenga las agallas y la fuerza para llevarlo a casa de Barney. Tal vez no lo haga. Lo dejaré en un bolso que tengo aquí; tal vez Barney venga a dar un vistazo. Ahora estoy subida a la gran roca. La luna despuntará pronto, lo haré entonces. Mosquitos, sean pacientes. tendrán todo lo que quieran.

Lo que me falta escribir es que yo también vi un ángel. Esta mañana. Era grande y centelleante, como dijo el hombre; como un árbol de Navidad sin el árbol. Pero supe que era real porque las ranas dejaron de croar y dos pájaros soltaron chillidos de alarma. Eso es importante; estaba allí de veras.

Lo observé, sentada debajo de la roca. No se movía demasiado. Pareció agacharse para recoger algo, hojas o ramas. No pude ver. No pude ver. Luego se las llevó a la cintura, como si las guardara en un bolsillo invisible.

Lo repetiré: estuvo allí, Barney, si lees esto, HAY CRIATURAS AQUÍ. Y creo que nos han hecho esto a nosotros. Nos obligaron a exterminarnos.

¿Por qué? Bien, es un bonito lugar, si no fuera por la gente. ¿Cómo te libras de la gente? Bombas, rayos de la muerte... todo es muy primitivo. Un caos infernal. Todo destruido, cráteres, radiactividad, el lugar arruinado.

Así no hay caos ni desolación. Tal como hicimos con la mosca. Elegir el eslabón vulnerable, esperar a que nosotros hagamos el trabajo por ellos. Sólo unos pocos huesos desperdigados; buen fertilizante.

Querido Barney, adiós. Lo vi. Estaba allí. Pero no era un ángel.

Creo que era un agente de bienes raíces.

Título del original en inglés: *The Screwfly Solution*.
© 1977 by Condé Nast Publications, Inc. Traducción de Carlos Gardini

